

<https://www.elcorreo.eu.org/La-calle-ha-perdido-a-sus-ninos>

# La calle ha perdido a sus niños

- Réflexions et travaux -

Date de mise en ligne : mardi 4 août 2026

---

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

---

**Los niños nunca han estado tan protegidos, tan conectados y han sido tan fáciles de localizar. Sin embargo, nunca han tenido tan poco espacio para crecer. Al desaparecer, la calle no solo ha cambiado la infancia : ha transformado nuestra forma de habitar el mundo, de construir la sociedad y de transmitir confianza. Esta pérdida silenciosa tal vez refleje uno de los cambios más profundos de nuestro tiempo.**



### **La calle ha perdido a sus niños**

Hubo un tiempo en el que un niño podía salir de casa por la mañana y no volver hasta el anochecer. Ningún teléfono, ninguna aplicación, ningún satélite seguía su rastro. Y, sin embargo, todo el mundo sabía dónde estaba : en algún lugar del barrio, entre el terreno baldío, la tienda de la esquina, la plaza polvorienta o el campo de fútbol improvisado.

Los adultos no vigilaban a los niños constantemente, pero los conocían. Pertenecían al mismo mundo. El vecino reconocía a los niños de la calle, el tendero sabía sus nombres, el anciano sentado en la puerta de su casa sabía a qué familia pertenecía cada uno. La calle formaba un territorio invisible del que todos eran discretos guardianes.

Hoy en día sabemos, al segundo, dónde están nuestros hijos. Pero ya no sabemos quién vive al lado. Esta inversión silenciosa es uno de los cambios más profundos de nuestra época. En unas pocas décadas, el barrio ha dejado de ser un territorio compartido para convertirse en un simple lugar de paso. Y con él, se ha desvanecido una cierta idea de la infancia.

Esta desaparición del territorio no es solo un hecho cultural. Refuerza automáticamente nuestra dependencia de los grandes gigantes tecnológicos y de los Estados vigilantes. Cuanto más pierde el niño su barrio, más dependiente se vuelve de las pantallas, los algoritmos y la geolocalización. Las GAFAM no se conforman con ocupar el espacio que ha quedado vacío : lo estructuran en su propio beneficio.

El espacio de autonomía de los niños se ha reducido hasta casi desaparecer y, con él, los adultos han perdido a sus vecinos. Ambos fenómenos están relacionados.

L'espace d'autonomie des enfants s'est rétréci jusqu'à presque disparaître, et avec lui, les adultes ont perdu leurs voisins. Les deux phénomènes sont liés.

Antiguamente, el mundo de un niño era pequeño. Se limitaba a unas pocas calles. Sin embargo, parecía inmenso. Un callejón se convertía en una aventura, un terreno abandonado parecía un bosque, un árbol podía convertirse en un castillo, una casa desocupada adquiría el aspecto de un palacio misterioso. La imaginación completaba lo que la realidad no ofrecía.

La infancia era una exploración, no de continentes lejanos, sino de lo cercano. Se descubría el mundo recorriendo unos cientos de metros alrededor de casa.

Hoy en día, un niño puede visitar virtualmente Tokio, Nueva York o Seúl desde su habitación. Puede charlar con alguien que se encuentra al otro lado del planeta. Puede ver imágenes del desierto de Atacama o de los glaciares de Groenlandia. Pero, ¿cuántos conocen realmente las calles que rodean su edificio ? ¿Cuántos saben cómo se llaman los comerciantes de su barrio ? ¿Cuántos han llamado alguna vez a la puerta de un vecino para pedirle un vaso de agua ?

## **Hemos abierto las fronteras digitales y cerrado las de la vida cotidiana.**

La paradoja es sorprendente. Nunca antes los niños habían tenido tanta información a su alcance. Nunca antes habían tenido tan poco espacio. Su universo se ha ampliado virtualmente y se ha reducido físicamente. La libertad ha cambiado de forma : se ha trasladado de las calles a las pantallas.

Queríamos proteger a los niños. Era legítimo. Las ciudades se han vuelto más densas, el tráfico más peligroso. Las noticias de sucesos, amplificadas por las pantallas, alimentan una ansiedad real. Los padres no se despertaron una mañana más temerosos que sus propios padres. El mundo también ha cambiado.

Así que, poco a poco, han ido reduciendo los espacios de autonomía. Acompañamos, vigilamos, geolocalizamos, organizamos, supervisamos, planificamos. Cada desplazamiento se convierte en un proyecto, cada actividad en una cita, cada salida en una excepción.

Pero esta vigilancia recae en gran medida sobre los hombros de las madres. Son ellas quienes, en la inmensa mayoría de los casos, se encargan de los desplazamientos, de las pantallas y de las inscripciones en las actividades. El declive del barrio como tejido de solidaridad ha supuesto también el de una economía informal del cuidado : la vecina, la abuela del rellano, la tendera. En su lugar, una sola persona asume toda la carga. La tecnología promete aligerarla, pero no sustituye la presencia de un vecino que vela por los niños.

## **La infancia, antes improvisada, se vuelve administrada. La aventura da paso al programa.**

Y ese programa tiene un coste. La dependencia tecnológica es también una dependencia económica : teléfonos con geolocalización, aplicaciones de cuidado de niños, actividades supervisadas. Cada función que antes garantizaba gratuitamente el barrio ahora se cobra. La desaparición de la calle como espacio de vida afecta de forma diferente según los ingresos y agrava las desigualdades.

Las consecuencias de esta desaparición son más graves de lo que parece. Los niños pasan mucho menos tiempo al

aire libre que hace treinta años. Descubren menos el riesgo calculado, la negociación con sus compañeros y la gestión de conflictos sin un árbitro adulto. Los estudios muestran una correlación entre esta reducción de la autonomía y el aumento de los trastornos de ansiedad, las dificultades de atención y el sedentarismo entre los jóvenes.

Sobre todo, pierden esa escuela invisible de la calle : aprender a interpretar las intenciones de los demás, a establecer normas comunes, a hacerse un hueco en un grupo sin certificaciones ni algoritmos.

La escuela institucional, sin embargo, ha intentado compensarlo. Jornada escolar más larga, actividades extra escolares supervisadas, gestión estricta del comportamiento : el niño pasa ahora una parte cada vez mayor de su vida en espacios administrados, cronometrados y vigilados. Pero la escuela, por muy bienintencionada que sea, no sustituye a la calle. No genera la misma sociabilidad : no hay posibilidad de escaparse, no hay reglas negociadas entre iguales, no hay territorio conquistado.

**La calle y la escuela obedecen ahora a la misma lógica** : la infancia como un recorrido señalizado. Así, una generación crece con un mapa del mundo extremadamente preciso, pero con un territorio vivido extrañamente pobre.

Sería absurdo idealizar el pasado. Los barrios no eran paraísos. Había violencia, accidentes, injusticias... y, sin embargo, un tejido humano espontáneo sobrevivía a todo ello. Podías no caerle bien a tu vecino, pero lo conocías. La calle no era un lugar perfecto, pero era un lugar común. Ya ni siquiera es eso.

Hoy en día, en algunos bloques de viviendas modernos, hay personas que conviven durante años sin intercambiar más que un « buenos días » mecánico. El vecino se ha convertido en una silueta, a veces incluso en un ruido, un piso, una puerta. Nada más.

La destrucción del vínculo social no es una conspiración. Es un sistema. El individualismo consumista no ha sido « decidido » por unos pocos. Se ha impuesto como consecuencia de la globalización, impulsado por quienes veían en ello su propio interés. Las grandes potencias económicas no han creado este mundo, sino que lo han acompañado y, en ocasiones, acelerado. El resultado es el mismo : la atomización de los individuos, su desarraigo, su mayor docilidad.

Conocemos mejor las opiniones políticas de un influencer que vive a diez mil kilómetros de distancia que la vida de la familia que vive en nuestro mismo rellano. El mundo se ha vuelto inmenso y nuestro entorno inmediato se ha vaciado.

Antiguamente, un barrio creaba obligaciones invisibles. Nos hacíamos favores, prestábamos herramientas, cuidábamos a los niños, compartíamos comidas, charlábamos en el umbral de la puerta. Esos gestos modestos generaban algo muy valioso : confianza. No una confianza abstracta en las instituciones, sino una confianza concreta en los seres humanos.

Hoy en día, las funciones que antes desempeñaba el barrio se han trasladado al mercado. Ya no se le pide nada al vecino, se le da una orden. Una plataforma sustituye a un servicio, una aplicación sustituye a un encuentro, una entrega sustituye a una conversación. La vida se vuelve más eficiente, pero también más solitaria.

Porque la pérdida del territorio no es uniforme. En los barrios populares o rurales, los niños suelen conservar una mayor autonomía, tanto por necesidad como por cultura. Por el contrario, los niños de las clases medias y altas son

los más supervisados, pero también los mejor equipados tecnológicamente. La estratificación social se refleja ahora en la forma en que un niño habita “o no habita” su barrio.

Hay que añadir que esta pérdida no afecta a todos los niños de la misma manera. Las niñas nunca han tenido exactamente el mismo acceso a la calle que los niños. El espacio público ha sido durante mucho tiempo, para ellas, un territorio más vigilado, más restringido y más hostil. La mayor vigilancia parental afecta a todo el mundo, pero se ejerce de forma diferente según el género. A la niña se la retiene más tiempo en casa, en nombre de su seguridad. Al niño quizá se le dé más libertad antes, pero bajo vigilancia electrónica. En ambos casos, la autonomía se ve reducida.

Pero los roles de género se refuerzan : ella, protegida y recluida ; él, vigilado y disciplinado. La calle como espacio de libertad que desaparece no solo borra una infancia, sino que borra una cierta idea de la infancia compartida.

A menudo se habla de movilidad, de transporte, de densidad. Pero rara vez se habla de la aventura. Una ciudad en la que ningún niño puede alejarse solo es quizá una ciudad eficiente, pero ¿sigue estando viva ?

Una sociedad que ya no deja espacio alguno para lo imprevisto acaba sofocando parte de su imaginación. El peligro no es la seguridad, el peligro es la obsesión por la seguridad. Cuando se quiere eliminar todos los riesgos, a veces se acaba eliminando también las libertades que dan sentido a la existencia.

Mientras tanto, las redes sociales nos prometen una conexión permanente. Nunca hemos estado tan conectados, tan localizables, tan visibles. Sin embargo, un extraño sentimiento recorre nuestras sociedades : el del aislamiento. Como si la acumulación de conexiones no generara necesariamente vínculos. Como si la cercanía digital no compensara siempre la desaparición de la cercanía humana.

Sin embargo, sería injusto reducir lo digital a una prisión. Algunos niños encuentran en él comunidades, colaboraciones y formas de expresión que su entorno físico ya no les ofrece. Lo digital no es el enemigo. Se vuelve totalitario cuando ya no tiene un contrapunto real.

Un vecino con el que nos cruzamos cada mañana suele representar más que un centenar de contactos virtuales, porque comparte el mismo cielo, la misma calle, los mismos problemas, las mismas estaciones, el mismo territorio.

## **Pero hay que decir que este panorama no es universal.**

En muchas regiones de África, del sur de Asia o en los barrios populares, los niños siguen jugando en la calle, conservando una forma de autonomía que nosotros hemos perdido. Pero esa autonomía está retrocediendo en todas partes. En São Paulo, los niños de clase media ya no juegan en la calle, al igual que en París o Tokio. En Bombay, las aplicaciones de geolocalización ganan terreno.

El modelo occidental “el del niño vigilado, conectado y encerrado” se exporta tan rápido como los smartphones, impulsado por la imitación de las clases medias emergentes y por el miedo al peligro que acompaña a la motorización galopante. Los países emergentes tienen una oportunidad : la de no repetir nuestros errores. Pero, por el momento, muchos los copian.

**Y hay que reconocerlo :** nunca antes los niños habían tenido tanto acceso al conocimiento y a la seguridad como hoy. El verdadero reto no es rechazarlo todo, sino combinar estos avances con la reconquista de un territorio físico y humano.

Merece la pena detenerse en la palabra « territorio ». Para un niño, no es una cuestión de geografía ni de política. Es un espacio que conoce lo suficiente como para sentirse libre en él, un espacio en el que puede desaparecer sin perderse, un espacio en el que cada rincón tiene una historia.

Los niños necesitan espacios propios como las plantas necesitan la tierra. En ellos echan raíces sus recuerdos, construyen su autonomía y forjan su identidad. Cuando se les privan de esos espacios, la infancia se vuelve más interior, más digital y, a veces, más solitaria.

Y, sin embargo, no todo ha desaparecido. A veces basta con observar una plaza pública a última hora de la tarde. Aparece un pelota, luego dos niños, luego cinco, luego diez. Las reglas surgen espontáneamente, se forman equipos, estallan las discusiones y llegan las risas.

Durante unos minutos, algo renace : una antigua forma de vida colectiva, una manera de compartir un pedazo de espacio. La necesidad nunca ha desaparecido. Solo que las condiciones se han vuelto más difíciles.

**Quizá ese sea el reto de los próximos años :** no volver a un pasado idealizado, sino reinventar las condiciones para que el territorio vuelva a ser habitable. Calles tranquilas donde el coche ya no reine, espacios alternativos de barrio abiertos, solares vacíos preservados en lugar de hormigón, comercios de proximidad fomentados, plazas diseñadas para detenerse en lugar de para atravesarlas.

**Ya existen ejemplos :** el barrio de Vauban en Friburgo, donde los niños juegan libremente en calles sin coches, o algunas ciudades que han reducido drásticamente la velocidad y han reintroducido el juego en el espacio público. Estas iniciativas siguen siendo minoritarias, pero demuestran que es posible.

Hemos conectado el planeta. Ahora nos queda volver a habitar nuestras calles.

Una civilización digna de ese nombre ofrece a cada niño un árbol al que trepar, a cada niña una calle por la que pueda circular con la misma libertad que un niño, y a cada madre un barrio que vela por su seguridad.

Nada está garantizado. Todo hay que reconquistarlo. Porque una infancia sin territorio es una sociedad que ha olvidado el camino hacia el mañana.

**Mounir Kilani\***

**\*Mounir Kilani** es un autor y analista independiente. Sus escritos se centran principalmente en la geopolítica contemporánea, los conflictos internacionales, las derivas ideológicas de las élites occidentales y la crisis de soberanía de los Estados y los pueblos. A través de un enfoque crítico y documentado, cuestiona los discursos dominantes, los mecanismos de propaganda y los callejones sin salida estratégicos del mundo actual. Su trabajo se enmarca en la voluntad de recuperar el análisis racional, la memoria histórica y el debate intelectual frente a las simplificaciones morales y los discursos convencionales. Defiende una visión multipolar del mundo y la necesidad de lucidez en un contexto internacional marcado por la censura, la polarización y la confusión informativa.

[El Correo de la Diáspora](#). París, 4 de agosto de 2026.